XVII

RESUMEN Y CONCLUSION

XVII

RESUMEN Y CONCLUSIÓN

Monseñor Audisio escribía á *La Armonía de Turín* el 11 de Diciembre de 1854, después de haber presenciado la solemne declaración de la Inmaculada: "antes era católico, pero ahora lo soy más: el espectáculo que acabo de presenciar, al menos me hace sentir la fe más vivamente." (1)

Hemos contemplado la Iglesia en presencia de mil diversos males, reaccionar contra ellos por medio de la declaración de un dogma que los condena todos, verdad que existía en germen desde que el hombre perdió el paraíso, y que vino desarrollándose en lentísima, pero perceptible evolución, hasta llegar á su completa madurez á mediados del siglo XIX; (2) precisamente cuando pululaban en el mundo los errores á ella más contrarios; cuando el paganismo avasallaba los corazones y las costumbres, ¡el paganismo! lo más opuesto á un dogma que resume con inefable armonía todas las enseñanzas cristianas.

Ante tal espectáculo también nuestra fe se ha encendido, y hemos exclamado con el corazón: *Deus, ecce Deus!*

Se cuenta de una catedral, cuya bóveda maravillosamente construída, devuelve los sonidos que á ella suben, transformados por agrios y desapacibles que en sí sean, en los tonos más melódicos y en el más artístico

concierto. (3) El templo simboliza la Iglesia que, por una propiedad de su maravillosa constitución, transforma de cierta manera el mal en bien, y responde á los principios liberales y anarquistas con el dogma de la Infalibilidad, como antes había respondido al neopaganismo, bajo todas sus formas filosóficas y prácticas, haciendo resonar en el mundo ese concierto inefable, éxtasis de los ángeles y de los santos, que expresa la fórmula *Inmaculada Concepción!*

El positivismo, la forma más contagiosa del naturalismo, fué condenado por el dogma que declara el orden sobrenatural; que enseña al hombre no ha nacido para la tierra, sino para el cielo; que le impone la religión cualquiera que sea su progreso, cualquiera que sea su ciencia, cualquiera que sea el temple de su carácter y el vigor de su voluntad. Cauchy, Pasteur (4), Moigno, Sechi, los más grandes sabios en cosas naturales, se arrodillaban ante la Virgen pura ofreciéndole el homenaje de su ciencia, en tanto que Comte levantaba al fin de su vida un altar á la Humanidad, convirtiéndose, el que se creyó super-hombre, en el más triste fetiquista.

El dogma y el panteísmo son también incompatibles. El primero supone la existencia de un Dios personal; el segundo confunde lamentablemente al Criador con la criatura, y en su monstruoso sistema la personalidad divina desaparece.

Por eso *La Civilta Cattolica* en un artículo admirable, decía á raíz de la definición:

"Pero la generación de donde nacen la maternidad y la filiación, no puede tener otro término que un sér personal, y si Dios puede en el vientre virginal de una doncella, tomar carne humana decirse y ser hombre, sin dejar de ser Dios, esto no pudo acontecer sino mediante la divina personalidad, centro común, término y casi cumplimiento de la doble naturaleza. Un Dios teniendo así una persona en dos naturalezas, es el principio generador del dogma de la Concepción Inmaculada. (5)

"El dogma, á lo absurdo del panteísmo, opone tres principios inconcusos: la existencia de un sér perfectísimo é infinito; la existencia de un orden natural que de Dios procede por creación libre; la existencia de

un orden sobrenatural creado al principio y renovado en la plenitud de los tiempos." (6)

El liberalismo y el socialismo no son más que el principio y la consecuencia, y ambos niegan el pecado original que el dogma declara con tanto esplendor, al mismo tiempo que también aniquila el principio liberal de la soberanía del pueblo, tomado en el sentido de que la autoridad no viene de Dios, sino de la voluntad de los hombres, como enseñaba la escuela de Ginebra.

A este respecto, *La Civilta Cattolica* en 1854, decía:

"Por siglos y siglos, millones y millones de voces, movidas por instinto humanamente inexplicable, sin que fuesen producto de facciones ni de intrigas, y entre las que resonaba más alto el acento de los santos, más cercanos que los demás hombres á la eterna verdad; el de los pastores, hablando en nombre de su grey, y el de los reyes defensores de la Cristiandad, llegaban al Vaticano diciendo: "define, ¿por qué tardas? Que cualquiera que no admita esa verdad, quede separado de nuestra comunión y deje de pertenecer al pueblo cristiano." Y el Vaticano respondía: "El tiempo fijado por Dios en sus inescrutables designios no llega aún." Ante el cual oráculo los millones de fieles callaban adorando los eternos decretos. Y como la ola que suavemente se levanta y crece, se hincha y avanza, para deshacerse dulcemente en la playa y retornar al mar; la plegaria del mundo, renovándose cada día y cada día más ardiente y concorde, á los pies del Vaticano se detenía humilde y reverente."

Así,—agrega substancialmente la *Civilta,*—ni el Papa al declarar el dogma impuso nueva creencia al pueblo, ni cedió á las insinuaciones de éste, y demostró así que estaba sobre él; de manera que la sede de la autoridad legislativa no es la opinión de la multitud, sino la razón del imperante. (7)

El socialismo quiere bajar el cielo á la tierra, y promete nueva edad de oro, que no se puede compadecer con la decaída naturaleza humana; pero á ese sueño infantil de los socialistas noveles, sucede el desengaño más sombrío, más cruel, más implacable, como es el desengaño sin la fe, y vemos enormes multitudes pre-

sas de feroz pesimismo, querer vengar con sangre el mal que atribuyen á la sociedad; querer buscar en la embriaguez el placer que no encuentran en el fondo del alma, y precipitarse en la sima del suicidio, supremo recurso del incrédulo desengañado.

El pesimismo satánico hasta ha pensado hallar en los adelantos de la ciencia un instrumento de ruina universal, de suicidio colectivo, monstruoso, que cometería sólo el infierno si le fuera dable aniquilarse.

"Es preciso—dice Hartmann—trabajar por perfeccionar la ciencia, á fin de substituir el suicidio personal por el suicidio cósmico. La humanidad consciente, haciendo estallar la máquina universal, reparará el error y la torpeza del Inconsciente que la ha construído." (8)

Así el optimismo candoroso de Bebel como el pesimismo *werteriano* de Hartmann, están condenados por ese dogma cuya luz disipa las tinieblas de todos los rumbos, y oigamos, acerca del particular, al insigne jesuíta Bainvel, teólogo de primera fuerza:

"Del mismo modo, volviéndose hacia María Inmaculada, el pensamiento católico mantenía verdades capitales: nuestra caída, contra la soberbia indigente de un racionalismo jactancioso; nuestra reparación en Jesu-Cristo, *contra la impotencia plañidera de un pesimismo desesperado;* nuestro destino sobrenatural, en fin, contra las invasiones de un naturalismo que pretendía reinar único en el mundo moderno, relegar á Dios á lontananza inaccesible y ocultar á las miradas del hombre los horizontes del cielo." (9)

El naturalismo, ó sea el paganismo, pues ambos son la misma cosa, entrañan inmenso cortejo de vicios, que van apareciendo necesariamente en donde él domina. El divorcio, el espiritismo, el suicidio, el desprecio á la niñez, los pecados á sangre fría, las sociedades secretas, microbios del positivismo y racionalismo, como dijo expresivamente Monseñor Delamaire, son los frutos más naturales, casi indefectibles de la sensualidad pagana, y para cada uno de ellos el dogma implica tremenda condenación, del mismo modo que para la virtud contraria produce gracia en demasía.

La Virgen-Madre es la celestial protectora de la familia, y el divorcio es el mayor enemigo del hogar.

La sensualidad pagana es la causa de la relajación y disolución de los vínculos del matrimonio, y nada más contraria á esa sensualidad que la pureza inmaculada de María.

La magia antigua resucita en el espiritismo, es decir, la serpiente genesiaca quiere entrar en comunicación directa con el hombre, y nada puede ser más temible para el infernal monstruo que la mujer que nació fuera del influjo de su hálito envenenado, porque estaba destinada á quebrantar con la planta la cerviz de la bestia.

La marea de sangre del suicidio inunda como nunca, ambos continentes. El suicidio es el crimen más contrario á la humanidad, porque ataca directamente la existencia del hombre, y ¿qué condenará más ese atroz atentado que la Concepción Inmaculada, por la cual se restauró la naturaleza humana á su primitiva integridad? El pesimismo, como decíamos antes, excogita un suicidio universal y monstruoso; la Iglesia presenta al mundo la Virgen sin mancilla, criatura sublime en que la humanidad tiene completa perfección, y que constituye, por lo mismo, para la tierra perpetua fuente de virtud y de esperanza.

Como hemos afirmado en los capítulos respectivos, el síntoma de la mayor corrupción pagana, es el desprecio á la inocencia de la niñez y los pecados á sangre fría, y contra tal crisis de naturalismo, la reacción lógica y eficaz de la Iglesia, consistía en encender la fe y vivificar la caridad por medio del dogma que comprende todos los misterios capitales de la fe cristiana. En efecto, la Inmaculada Concepción, supone la Trinidad, la Encarnación, el pecado original, la Redención, la justificación por la gracia, la inmortalidad y la gloria. Al pronunciarse esa simple fórmula, se revelan los mayores arcanos de la tierra y el cielo.

La masonería es el principal instrumento del paganismo (su vivero de microbios, como crée Monseñor Delamaire) y dicho se está que aquel dogma de luz condena la secta tenebrosa.

Hasta á muchos católicos, á los fríos y poco pensadores, les parecerá increíble que la simple definición de un dogma sirva de valladar á tamaños males; pero una sola observación los ilustrará. El dogma es la ver-